



Análisis de riesgos Autoprotección fuera de las estructuras de protección comunitaria
Estrategias de afrontamiento negativas Fortalecimiento de capacidades Medios de vida
Violencia de género

📍 Palestina

Lo que aprendimos de las comunidades sobre el trabajo de protección

Lecciones de Gaza

Por Fidaa Al-Araj, oficial de justicia de género y protección de Oxfam

“Vulnerables”, “marginadas”, “desatendidas”, “excluidas”. Utilizamos todas estas palabras para definir a las personas “con las que trabajamos”, “a las que ayudamos”, “a las que servimos”. Sin embargo, decidimos poner nombre a nuestro trabajo. Todas estas palabras tienen algo en común: son un reflejo de nuestra convicción, como personal humanitario, de que estas comunidades carecen de algo que nosotros debemos proporcionarles para aliviar su sufrimiento y mejorar sus vidas. Aunque esta afirmación es cierta en tanto que justificación básica del trabajo humanitario, no refleja toda la realidad.

Lo que no solemos ver ni tener en cuenta en nuestras acciones es precisamente lo que estas personas sí tienen, en lugar de aquello de lo que carecen: la fortaleza inherente que suponen la resiliencia y la creatividad a la hora de afrontar los problemas. Estas personas cuentan con multitud de herramientas que les permiten sobrevivir, e incluso prosperar por sí mismas. Por ejemplo, son capaces de hacer frente a la escasa sostenibilidad del trabajo humanitario y a la irregularidad de la ayuda que se les proporciona, y de sobrevivir a ello. Este es el pilar de la “protección basada en la comunidad”. Las historias que se comparten en este documento son un ejemplo de cómo nuestro equipo ha aprendido esto no solo aplicando teorías, resultados de investigaciones y marcos, sino gracias a las personas a quienes considerábamos demasiado vulnerables como para asesorarnos.

A principios de 2019, el equipo de Oxfam en el Territorio Palestino Ocupado e Israel empezó a ejecutar un proyecto en el marco del programa humanitario Salvar vidas, ahora y en el futuro, con el objetivo de apoyar y proteger a las mujeres, niños y niñas supervivientes de violencia de género, así como a las familias afectadas por las dificultades para sostener sus medios de vida en el contexto de la prolongada y cada vez más deteriorada situación de crisis humanitaria y económica en Gaza. Se llevó a cabo un ejercicio de mapeo de la seguridad con un grupo de 70 mujeres supervivientes de violencia de género, que eran candidatas a acceder a actividades de generación de ingresos. El objetivo de este ejercicio era analizar la distinta percepción de los riesgos que supone ganarse la vida para mujeres, hombres y chicas y chicos adolescentes, e incluyó debates en grupos focales y entrevistas individuales con hombres y mujeres de distintas edades a fin de aclarar:

- los distintos tipos de daños y violencia a los que estaban expuestas estas personas (psicológica, física, sexual, económica y sociocultural);
- qué situaciones les planteaban un mayor riesgo (ir a comprar sola a una tienda, negociar un precio);
- cómo reducir dichos riesgos;

- cómo describirían sus relaciones con otros actores del mercado, sus empleadores y sus compañeros/as de trabajo; y
- si contaban o no con una red de seguridad, por ejemplo, personas a las que pedir ayuda o dinero prestado.

Este mapeo de la seguridad complementó los análisis realizados por Oxfam en Gaza sobre la prevalencia de estrategias de afrontamiento negativas como, por ejemplo:

- personas adultas realizando trabajos peligrosos;
- trabajo infantil mal remunerado de niños y niñas (de entre 6 y 12 años), que suelen dejar la escuela para trabajar;
- niñas de familias pobres obligadas a casarse;
- comer menos de un alimento preferido; y
- mujeres que limitan o reducen su ingesta de alimentos y pasan hambre para que el resto de su familia coma.

En términos generales, estos análisis previos demostraron que las mujeres y las niñas adoptaban estrategias de afrontamiento negativas en mayor medida que otros grupos y que, además, estas estrategias eran más perjudiciales. Estas conclusiones quedaron confirmadas por el ejercicio de mapeo de la seguridad, en el que tan solo las niñas declararon recurrir a mecanismos de afrontamiento negativos como el sexo transaccional o el matrimonio infantil. Según las personas encuestadas, la situación más habitual era el caso de maridos que obligaban a sus esposas a mantener relaciones sexuales a cambio de dinero, por ejemplo:

"Un hombre lleva a otras personas a su casa y obliga a su mujer a mantener relaciones sexuales con ellas a cambio de dinero".

"Debido a la difícil situación económica, un hombre lleva a otros hombres a su casa y vende el honor de su esposa a cambio de dinero".

"Un hombre vende a su mujer por dinero para poder comprar medicamentos sólo para él".

"Un hombre vende el cuerpo de su esposa por 20 ILS (nuevo séquel, aproximadamente 5 euros) para comprar tabaco".

La siguiente situación más habitual descrita en el mapeo era el caso de las niñas obligadas por alguno de sus progenitores (habitualmente el padre) u otro miembro de su familia a mantener relaciones sexuales a cambio de dinero:

"Un padre que comercia con el cuerpo de sus hijas por dinero".

"Las niñas con discapacidad se ven especialmente afectadas por familias que las obligan a trabajar en esto por dinero".

"Maridos que venden el honor de sus esposas e hijas a cambio de dinero".

En algunos casos, las mujeres y niñas recurrían a prácticas sexuales de supervivencia:

"Trabajan en esto por dinero".

"Es un fenómeno muy extendido a causa de la pobreza. Las mujeres tienen que recurrir a ello porque necesitan dinero".

"Una estudiante se va a casa de un hombre para hacerlo por dinero, sin que sus padres lo sepan".

Estas revelaciones resultaron chocantes, sobre todo teniendo en cuenta el carácter conservador de la comunidad, las normas sociales y religiosas que califican estas acciones como pecaminosas, y el hecho de que el sexo transaccional esté prohibido y penado por ley. Y, lo que es más importante, puso de manifiesto que nuestra programación no debía basarse en asumir la prevalencia de determinadas normas sociales, ya que estas podían ser inexactas. En términos prácticos, esto requiere construir una relación de confianza con las comunidades, a fin de facilitar una comprensión exhaustiva de las verdaderas amenazas en términos de protección que afectan a sus miembros.

Además, la inmensa mayoría de las mujeres y niñas que participaron en los grupos focales señaló los posibles riesgos de tomar parte en actividades relacionadas con los medios de vida, especialmente en el caso de las adolescentes. El riesgo identificado con mayor frecuencia fue el acoso sexual, seguido de la violencia doméstica o las amenazas por parte de la familia, y la violencia física o verbal de cualquier origen.

Para mitigar estos riesgos, las mujeres y niñas declararon recurrir a mecanismos de afrontamiento como ir siempre acompañadas de algún pariente varón para ir al mercado y a otros lugares, no salir nunca a la calle de noche, moverse en grupo y evitar las calles vacías y oscuras si ningún pariente varón podía acompañarlas. Asimismo, afirmaron contar con la ayuda de sus parientes varones para tratar con clientes e incluso para todo el proceso de las transacciones comerciales (como la recepción de llamadas para hacer pedidos, entregar pedidos y gestionar los comentarios y sugerencias). Algunas mujeres y niñas afirmaron también no hacer nunca visitas a domicilio (por ejemplo, las que trabajan como peluqueras o costureras), sino que utilizan un lugar fijo al que los clientes pueden ir para recibir sus servicios, incluso a pesar de que esta opción resulta más cara para ellas.

Además de los riesgos concretos que afectan a las mujeres y niñas, se reveló además que los niños tenían más probabilidades que las niñas de que los sacaran de la escuela cuando las familias tenían dificultades económicas, ya que pueden trabajar para contribuir a los ingresos familiares:

“Mi hijo mayor ha dejado la escuela para buscar un trabajo con el que ayudarme a mantener a la familia”.

“La familia sacó a nuestro hijo de la escuela para que aprendiese un oficio con el que ganarse la vida y contribuir a los ingresos de la familia”.

“Enviamos a nuestro hijo a vender helado y frutos secos al mercado”.

Garantizar la total confidencialidad y protección de nuestras fuentes es fundamental, no solo para proteger a las personas con las que trabajamos y a nuestro propio personal, sino también para garantizar un espacio seguro en el que las personas puedan compartir su verdadera situación y poder pedir una ayuda que de otro modo no podrían solicitar (y, de hecho, sufrirían graves consecuencias si lo hicieran). Así pues, llevar a cabo el mapeo de la seguridad fue una experiencia de aprendizaje en sí misma ya que, a pesar de contar con las herramientas necesarias para hacerlo,¹ nos enfrentamos a diversos retos, como los relacionados con la protección de datos; la protección de las supervivientes de violencia de género, ya muy estigmatizadas y extremadamente reticentes a compartir sus experiencias; y la protección de las personas encargadas de recoger los datos, en un entorno regido por las autoridades locales, que analizan todo desde la perspectiva de la seguridad y dificultan la realización de la investigación. Todo este proceso ha sido posible gracias a que:

- se contrató y ofreció formación a las personas encargadas de la recopilación de datos;
- nos aseguramos de que esas personas no vivían ni trabajaban en la misma zona que las mujeres participantes;

1 Manell, Tenzin, and Ann Young Lee. *CLARA: Cohort Livelihoods and Risk Analysis Guidance*. Nueva York: Comisión de Mujeres Refugiadas, 2016. Disponible en <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/CLARA-Livelihoods-Gender-Guidance-2016.pdf>.

- garantizamos el anonimato tanto de las personas encargadas de la recopilación de datos como de las mujeres entrevistadas, utilizando un sistema de códigos en lugar de nombres; y
- las entrevistas se llevaron a cabo en un centro comunitario al que las mujeres asistían con frecuencia para acceder a distintos servicios y apoyo.

Las historias de estas mujeres nos permitieron identificar riesgos que hasta ese momento no considerábamos muy importantes, como el poder de las habladoras, la importancia de la reputación, y la enorme medida en que la influencia de los familiares cercanos y los vecinos determinan la forma de vivir de las mujeres, lo que hacen para ganarse la vida, la manera en que son percibidas por el resto de las personas y cómo son presentadas a otros.

Nos enseñaron también que para que un programa de apoyo a los medios de vida tenga éxito, es necesario mucho más que estudios de viabilidad, formación empresarial y análisis de mercado. Este tipo de programas pueden tener éxito o fracasar en función de la percepción de la comunidad sobre una determinada manera de ganarse la vida y la persona que lo hace, según un espectro concreto de virtudes o faltas. Estas mujeres nos enseñaron que, para que la programación de protección realmente funcione, tiene que partir de un conocimiento profundo de la comunidad, de cómo funciona, quiénes son los actores clave y quién tiene influencia.

En este proceso, aprendimos que las intervenciones diseñadas previamente no siempre funcionan, incluso aunque hayan obtenido una buena valoración y cumplan con todos los indicadores y metas.

¿Qué se modificó?

Inicialmente, estaba previsto desarrollar actividades de generación de ingresos con 50 familias afectadas únicamente por las dificultades en cuanto a sus medios de vida, pero decidimos trabajar con otros 50 hogares de mujeres supervivientes de violencia de género. El ejercicio de mapeo de la seguridad también permitió orientar el tipo de actividades de generación de ingresos, su ubicación y su viabilidad de una manera flexible y adaptada a las cuestiones de género. Por ejemplo, muchas mujeres no tenían permiso para desarrollar sus actividades de generación de ingresos en el mercado, un entorno dominado por hombres, o no se sentirían cómodas haciéndolo. Así pues, adaptamos estas actividades de generación de ingresos para que pudiesen realizarse desde casa, lo cual no afectó a la calificación obtenida por dichas actividades en la evaluación previa a su ejecución.

La inclusión de mujeres supervivientes de violencia de género contribuyó a que estas actividades lograsen un mayor impacto en términos de protección. Por ejemplo, una mujer había dejado a su marido maltratador, pero su familia la estaba presionando para que volviese con él, y por eso no podía contar con el apoyo económico de sus familiares. En su caso, la actividad de generación de ingresos desempeñó un papel determinante en su decisión de seguir separada ya que, gracias a eso, podía mantenerse económicamente. En un programa de actividades de generación de ingresos estándar, es probable que esta mujer no hubiese recibido ayuda, ya que sus circunstancias se habrían considerado un riesgo para la actividad. Por ejemplo, el hecho de que su caso aún estuviese en manos de proveedores de servicios de asistencia en violencia de género, que estuviese luchando por la custodia de sus hijos e hijas y que no contase con el apoyo de su familia (lo cual implica que tendría que contratar a alguien para tener tiempo para realizar su actividad de generación de ingresos) son factores que habrían influido negativamente en que la actividad se considerase exitosa. Sin embargo, los ajustes permitieron que se valorase la participación en el proyecto de mujeres en su situación. Además, se permitió que las actividades de generación de ingresos dirigidas a víctimas de violencia de género incluyesen determinados costes que normalmente no se admitirían en este tipo de proyectos, como los costes de transporte para que las mujeres que viven en zonas remotas pudiesen llegar al mercado.

La inclusión de supervivientes de violencia de género también obligó a que la respuesta fuese más sensible a las cuestiones de género y, en concreto a la violencia de género. Así, Oxfam orientó al personal responsable de la formación empresarial que se encargaría de capacitar a las supervivientes de violencia de género sobre cuestiones relacionadas con la sensibilidad y la violencia

de género. Gracias a esto, la experiencia formativa se ajustó en mayor medida a las necesidades de las mujeres, y fue más relevante desde el punto de vista de los riesgos no relacionados con el mercado.

Asimismo, se adaptaron también los contenidos de las sesiones de sensibilización, que inicialmente iban a centrarse en conceptos relacionados con el género, la igualdad de género en el acceso a los medios de vida y la participación de las mujeres en los mercados. Sin embargo, tras recibir la opinión de las beneficiarias, optamos por ofrecer asesoramiento y formación sobre temas como gestionar el estrés que supone ser una superviviente de violencia de género; intentar volver a integrarse en la sociedad y en los medios de vida; cómo mejorar la asertividad y su capacidad para gestionar la competitividad como mujeres, y cómo gestionar los posibles riesgos de acoso o violencia de género en el marco de la puesta en marcha y gestión de sus actividades de generación de ingresos. Estas sesiones de sensibilización adaptadas influyeron enormemente en la manera en que las mujeres gestionaron sus actividades de generación de ingresos, y en cómo equilibraron su vida personal y profesional. Según la evaluación posterior al proyecto, también tuvieron un impacto muy positivo en la paz familiar y mejoraron el bienestar en términos generales.

La evaluación de las actividades de generación de ingresos al finalizar el proyecto también se llevó a cabo de forma diferente. En el caso de las actividades de generación de ingresos desarrolladas por las supervivientes de violencia de género, se evaluó su efectividad analizando no solo sus resultados económicos y en los medios de vida, sino también su impacto en las vidas y relaciones de las mujeres, así como en su capacidad para la toma de decisiones y su situación en relación a la violencia de género. Se trata de un enfoque relativamente nuevo para la evaluación de actividades de generación de ingresos, del que extrajimos aprendizajes útiles para futuras intervenciones. Por otro lado, los comentarios y sugerencias proporcionados por el centro de mujeres responsable de los casos de violencia de género de las mujeres beneficiarias confirmaron que, tras la intervención, se había conseguido cerrar con éxito prácticamente todos los casos que llevaban mucho tiempo abiertos, lo cual significa que, gracias a la intervención, las mujeres habían podido escapar del ciclo de la violencia.

Para obtener estos conocimientos y alcanzar estos resultados, es posible que el personal de protección tenga que adaptar sus programas en función de las personas a las que trata de apoyar. Para ello, es necesario dejarlas hablar más allá de los límites de ideas preconcebidas que únicamente tratan de confirmar nuestros propios prejuicios e ideas previas. En cambio, lo que debemos hacer es escuchar lo que las comunidades pueden ofrecernos, y utilizar esa información para adaptar nuestras intervenciones de manera que redunden en resultados positivos que tengan un impacto real.